

Andrés Eloy Blanco

La Academia Venezolana de la Lengua se apresta, estos días, a memorar la vida y la obra de Andrés Eloy Blanco. Esto se debe a motivo conocido. La gloria de este venezolano tiene, ya, treinticinco años de consolidada. Eso hace que murió en su exilio de México.

El hecho nos fuerza a insistir en el problema de las generaciones. Andrés Eloy Blanco pertenece a la del 18. Y es un filósofo español quien mejor ha aclarado el lío generacional. Una generación, nos dice, es un grupo de hombres que nace en un espacio dado; en un tiempo dado; y que asiste, como testigo, a unos sucesos dados; y que, en consecuencia, asume una posición ideológica dada. Esto es todo. En Venezuela, según los historiadores, hemos visto consolidarse, una tras otra, varias generaciones. La de la independencia, por caso, donde está Simón Bolívar. La del último romanticismo, donde nos encontramos con Eduardo Blanco. La de los positivistas, que cuenta, entre otros, con José Gil Fortoul. La modernista, que culmina con Manuel Díaz Rodríguez. Y la que nos ocupa: la Generación del 18, que impone el vanguardismo entre nosotros. (Otro día hablaremos de las que llegan hasta los días que corren).

La Generación del 18 ha inspirado diversos estudios. No es para menos. Se trata de una generación compacta, fecunda, altamente diversificada. Una generación tan importante, casi, como la de la independencia. En la que se integraron, cada uno con representantes calificados, todos nuestros estados. Y que cultivó todos los géneros. Desde la lírica hasta el teatro. Desde el ensayo hasta la narrativa. Desde el periodismo hasta la historia. Ahora bien. Como Andrés Eloy Blanco es, por nacimiento, definición y obra, poeta, nos referimos, de momento, solamente a la lírica. En esta especialidad poética, la Generación del 18 resulta excepcional. Su revisión esquemática, región por región, nos lo demuestra.

Anzoátegui, nos dio Miguel Otero Silva.

Aragua, a Miguel Ramón Utrera.

Barinas, a Alberto Arvelo Torrealba.

Bolívar, a Héctor Guillermo Villalobos.

Carabobo, a Manuel Jaén.

Falcón, a Ángel Miguel Queremel

Guárico, a Rodolfo Moleiro.

Lara, a Antonio Arráiz.

Mérida, a Antonio Spinetti Dini.

Monagas, a Félix Armando Núñez

Nueva Esparta, a Pedro Rivero

Sucre, a Andrés Eloy Blanco

Táchira, a Manuel Felipe Rugeles.

Trujillo, a Samuel Barrete Peña.

Zulia, a Héctor Cuenca.

Tomamos, de cada estado, sólo un representante. El más característico. Al Distrito Federal lo tipifica Fernando Paz Castillo. Pero, entre tantos, cuatro poetas resultan, a la hora de ahora, los más grandes. Cada uno, naturalmente, a su manera. Estos cuatro son: el barinés Alberto Arvelo Torrealba; el larense Antonio Arráiz; el sucrense Andrés Eloy Blanco; y el tachirense Manuel Felipe Rugeles. Este último, al decir de Rafael Ángel Insausti, "es una de las grandes y distintivas expresiones líricas de la tierra venezolana".

Arráiz es el autor de "Áspero". Un libro que desconcertó al lector: por su libertad formal; por su licencia elaborativa; por su novedad. El libro vale, en verdad, por el manifiesto de la Generación del 18. Arvelo Torrealba nos legó unas "Glosas al Cancionero" en las que quedó enaltecida, y definitivamente absuelta, la poesía popularista del llano. Andrés Eloy Blanco, que, entre avances y retrocesos sin cuento, se dio todo en "La Juambimbada". Y Rugeles, que en "Aldea en la Niebla", para citar uno solo de sus cuatro grandes libros justificó a plenitud la afirmación cabal de Insausti.

Está por escribirse, dicho sea a la carrera, un hermoso libro venezolano. La Historia y Crítica de la Generación del 18. Quien le eche pichón le hará gran bien a nuestra cultura.

Volvamos a Andrés Eloy Blanco. La Academia de la Lengua, como ya anunciamos, le rinde homenaje merecidísimo. Es uno de los representantes más conocidos de su generación. Siempre nos hace pensar dos cosas contrapuestas. Son estas. Hay autores con más fama que obra. Y hay autores con más obra que fama. El autor de "La Juambimbada" es de los primeros. Supo promocionarse por todos los medios; entre estos, el partido. Escribió, a conciencia, para las mayorías. Las satisfizo en todo cuanto tienen de superficiales y de cursis. Y ahí les dejó eso: una obra desigual, donde la nota más alta casi carece de altura porque es, justamente, la popular. Arráiz, en cambio, personifica los autores de más obra que fama. No tuvo mayor promoción. Apenas lo conocemos. Sin embargo, su obra ha resistido dos elementos fundamentales hasta la fecha: el paso del tiempo y el escalpelo de la crítica. Fenómeno similar ocurre con nuestro Rugeles.

Andrés Eloy Blanco nos legó media docena de libros poéticos: "Tierras que me oyeron" de 1921. "Poda", de 1934, "Baedeker 2000" de 1937, "Barco de Piedra" de 1938, "Gira-luna" de 1956 y "La Juambimbada" de 1959. Libros todos que revelan sensibilidad verdadera, pero disciplina creadora casi inexistente. Con ellos el poeta trata de defenderse, a brazo partido, del juicio implacable del tiempo. ¿Qué nos dirá, al respecto, la Academia Venezolana de la Lengua? Esperamos, con sincera curiosidad, su dictamen, puesto que la ocasión la pintan calva.